

LOS ZUECOS

LOS ZUECOS

A León Fontaine.

El viejo párroco balbuceaba las últimas palabras de su sermón acerca de las cofias blancas de las aldeanas y del pelo rudo ó pringoso de pomada de los aldeanos. Las grandes cestas de las campesinas que habían acudido desde lejos para oír la misa, estaban puestas á su lado en el suelo; y el bochorno de un caluroso día de julio, hacía que de toda aquella gente se desprendiera olor á ganado, á rebaño. El canto de los gallos entraba por la gran puerta abierta, así como los mugidos de las vacas tendidas en un prado vecino.

A veces un soplo henchido de los aromas del campo entraba, levantando las cintas de las cofias,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
1914

y haciendo oscilar las amarillentas luces del altar mayor... «Como Dios lo desea. Así sea,» pronunciaba el sacerdote. Luego calló, abrió un libro y, como todas las semanas, empezó á recomendar á sus ovejas, los asuntos íntimos del pueblo. Era un anciano canoso, que administraba la parroquia desde cuarenta años atrás, y la plática le servía para hablar familiarmente con todos.

Añadió: «Recomiendo á vuestras oraciones á Deseado Vallin, que está muy malo, y á la Paumelle, que tarda mucho en reponerse de su parto.»

No sabía más. Buscaba los trocitos de papel puestos en su breviario. Halló dos y continuó: «Los mozos y las muchachas no deben ir por la tarde al cementerio, de lo contrario avisaré al guardabosque.» «El señor Cesáreo Omont desea encontrar una muchacha honrada para servirle.» Reflexionó algunos segundos y añadió: «No hay más, hermanos míos; la gracia sea con vosotros, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Y bajó del púlpito para terminar la misa.

Cuando los Malandain hubieron vuelto á su cabaña, la última de la aldea de la Sablière, en el camino de Fourville, el padre, que era un labriego ba-

jito y amojamado, se sentó ante la mesa mientras su esposa descolgó la olla que hervía colgada de una cadena sobre el hogar, y su hija Adelaida ponía vasos y platos, y dijo: «Quizá sería una buena plaza esa de Omont. Es viudo, su nuera no le puede tragar, vivé solo y tiene guita. Podríamos enviar á Adelaida.»

La mujer dejó en la mesa la marmita ahumada, quitó la tapadera, y mientras subía al techo el vapor de la sopa con coles, reflexionó.

El marido repuso: «Indudablemente es un buen negocio; pero hay que ser listo y Adelaida no lo es ni por el forro.»

Su esposa replicó: «Podríamos probar». Luego, volviéndose hacia su hija, una mocetona que parecía tonta, de pelo amarillento y las mejillas coloradas como unas manzanas, gritó: «¿Oyes, tontaina? Irás á casa el tío Omont á proponerte como criada, y harás cuanto te mande.»

La muchacha se echó á reir tontamente sin contestar, y los tres se pusieron á comer.

Al cabo de diez minutos, el padre añadió:

—Oye una palabra, muchacha, y procura no faltar á lo que te voy á decir...

Y de un modo lento y meticoloso, le trazó toda

una línea de conducta, preparándola para aquella conquista de un viejo viudo reñido con su familia.

La madre había dejado de comer para escuchar, y estaba con el tenedor en la mano, mirando á su marido y á su hija alternativamente, siguiendo aquellas instrucciones con atención concentrada y muda.

Adelaida estaba inerte, con la mirada errante y vaga, dócil y estúpida.

Apenas terminada la comida, la madre le hizo poner la cofia, y se fueron á casa del señor Cesáreo Omont. Vivía en una especie de pabelloncito de ladrillo, pegado á las granjas de sus colonos, porque no trabajaba ya, y vivía de sus rentas.

Tenía cincuenta y cinco años; era grueso, jovial y adusto á fuer de rico. Reía y gritaba con tanto estruendo que hacía retemblar las paredes; bebía sidra y aguardiente á más no poder, y le gustaban todavía las mujeres á pesar de su edad.

Gustaba de pasear por el campo con las manos á la espalda, hundiendo los zuecos en la tierra blanda, fijándose en el trigo, que apuntaba, ó en el mijo, que ya había florido, con mirada de inteligente.

Decían de él: «Es un buen hombre, pero algo lunático».

Recibió á las dos mujeres de sobremesa tomando café. Retrepándose preguntó:

—¿Qué desean ustedes?

La madre tomó la palabra:

—Vengo á proponerle para criada á nuestra hija Adelaida, visto lo que ha dicho el cura esta mañana.

Maese Omont miró á la muchacha y luego dijo bruscamente:

—¿Qué edad tiene esta tontuela?

—Por San Miguel cumplirá veintiún años, señor Omont.

—Bueno, le daré quince francos al mes y la comida. Que venga mañana por la mañana para hacerme el almuerzo.

Y despidió á las dos mujeres.

Adelaida entró en funciones al día siguiente y empezó á trabajar de firme sin decir una palabra como hacía en casa de sus padres.

A las nueve, mientras limpiaba el suelo de la cocina, la llamó el señor Omont.

—¡Adelaida!

Acudió en seguida diciendo:

—Aquí estoy, amo mío.

Apenas estuvo frente á él con las manos coloradas, los brazos caídos y medio turbada, él le dijo:

—Escucha, voy á decirte algo para que comprendas lo que has de hacer. Eres mi criada y nada más, ¿oyes? No juntaremos nuestros zuecos.

—Sí, amo mío.

—Cada cual á su sitio, hija mía; tú tienes la cocina, yo la sala. Fuera de esto todo será tuyo como es mío. ¿Entendidos?

—Sí, amo mío.

—Vaya, bueno, ve á tus quehaceres.

A medio día sirvió la comida en una salita cuyas paredes estaban cubiertas de papel pintado, y cuando la sopa estuvo en la mesa fué á avisar al señor Omont.

—La comida está dispuesta, amo mío.

Entró, se sentó, miró en torno suyo, desplegó la servilleta, vaciló un instante y luego gritó con voz de trueno:

—¡Adelaidal

Salió la chica asustada, y su amo le gritó como si fuera á asesinarla:

—¡Ira de Dios!... ¿Dónde está tu cubierto?

—Pero... amo mío...

Omont continuaba vociferando.

—¡No me gusta comer sólo, voto á Dios! ponte ahí ó lárgate si no quieres. Tráete platos y cubierto.

La chica, asustada, cumplió sus órdenes diciendo:

—Ya estoy aquí, amo mío.

Entonces se mostró muy jovial; bebía, reía, daba puñetazos en la mesa, y contaba cuentos que Adelaida escuchaba con la vista baja sin atreverse á pronunciar una palabra.

De vez en cuando, se levantaba para buscar pan, sidra ó platos.

Al traer el café sólo puso una taza delante del amo y entonces él, colérico de nuevo, gruñó:

—Bueno, ¿y para ti?

—No tomo, amo mío.

—¿Por qué no tomas?

—Porque no me gusta.

Entonces se indignó de nuevo.

—¡No me gusta tomar solo el café, voto á Dios! ¡Si no quieres tomarlo, lárgate!... Ve á buscar una taza para ti.

La muchacha la trajo, se sentó, probó la negra bebida, hizo un visaje, pero temiendo la cólera de su amo, la sorbió hasta la última gota.

Luego tuvo que beber una copa de aguardiente y tras de ésta otra, y otra aun.

El señor Omont la dejó libre.

—Ve á lavar los platos ahora, eres una buena muchacha.

Lo mismo ocurrió á la comida. Tuvo que jugar una partida de dominó y después la envió á acostarse.

— Acuéstate, subiré de aquí á un rato.

La chica subió á su cuarto, que era un sotabanco, rezó sus oraciones, se desnudó y se deslizó entre las sábanas.

Pero de pronto saltó despavorida. Una voz terrible hacía retemblar la casa.

—¿Adelaida?

Abrió la chica la puerta, y contestó:

—Aquí estoy, amo mío.

—¿Dónde estás?

—Estoy en la cama, amo mío.

Entonces el señor Omont, rugió:

—¿Quieres bajar, voto á Dios?... No me gusta dormir solo, voto á Dios... ¡Y si no quieres, lárgate, voto á Dios!...

Ella, desde arriba, contestó atortolada, mientras buscaba la vela:

—¡Aquí estoy, amo mío!

Oyó el señor Omont el ruido de sus zuecos pequeños golpear en la escalera, y cuando llegó á los

últimos escalones la cogió por el brazo, y apenas hubo dejado su estrecho calzado junto á los enormes zuecos de su amo, éste la empujó dentro de su cuarto, gruñendo:

—¡Date prisa, voto á Dios!...

Y ella, sin saber lo que se decía, repetía de continuo:

—Aquí estoy, aquí estoy, amo mío...

Seis meses después iba á ver á sus padres un domingo y su padre la examinó con curiosidad, y luego le preguntó:

—¿Estás preñada?

La muchacha parecía atontada y mirándose el vientre, contestó:

—No, no lo creo.

Entonces, el aldeano empezó á interrogarla queriendo saberlo todo.

—Ea, dime la verdad, ¿alguna noche no habéis juntado los zuecos?

—Sí, desde el primer día y después cada noche.

—Entonces estás preñada, mastuerza.

Se echó á sollozar la chica, balbuceando:

—¿Qué sabía yo, qué sabía yo?

El tío Malandain la acechaba con expresión regocijada, y luego preguntó:

—¿Qué es lo que no sabías?

Y ella, entre sollozo y sollozo, dijo:

—¡No sabía que los chiquillos se hicieran así!

Entraba la madre. Su marido dijo sin cólera:

—Mira, ya está preñada.

Su madre se enfadó indignada, injuriando á su hija que lloraba tratándola de «perdida» y «arrastrada».

El viejo la hizo callar. Y al coger la gorra para ir á hablar de sus asuntos con maese Omont, declaró:

—Es más tonta de lo que creías, ni siquiera sabía lo que se hacía.

El domingo siguiente el cura desde el púlpito echó las primeras amonestaciones del señor Onofre Cesáreo Omont con Celeste Adelaida Malandain.

LA VUELTA

LA VUELTA

El mar azota la costa con sus olas monótonas. Nubecillas blancas pasan rápidas por el cielo azul, arrastradas por el viento impetuoso; y la aldea, abrigada en un pliegue del terreno que baja al Océano, se calienta al sol.

Junto al camino, aislada, se ve la casa de los Martín-Levesque. Es una casita de pescador, de paredes de arcilla y la techumbre de paja. Una huertecita, grande como una sábana, donde crecen cebollas, perejil, coles y zanahorias se extiende ante la puerta y le cierra un seto por el lado del camino.

El marido está pescando, y la mujer, junto á la puerta, remienda una red obscura tendida en una pared, como una inmensa tela de araña. Una niña

de unos catorce años, á la entrada de la huerta, sentada en una silla de enea, repasa ropa blanca, cose, zurce, lo que ya ha zurcido y cosido diez veces. Otra muchacha, que parece tener un año menos, lleva en brazos una criaturita de teta; y dos arrapiezos de tres ó cuatro años, sentados en el suelo frente á frente, escarban la tierra y se echan puñados de ella á la cara.

Nadie habla. Sólo el rorro que quieren hacer dormir chilla con voz agria y débil. Un gato duerme en la ventana, y unos girasoles abiertos forman junto al suelo como un ramillete de flores blancas sobre el que vuelan miles de moscas.

La muchacha que cose junto á la entrada grita de pronto:

—¡Madre!

Esta contesta:

—¿Qué quieres?

—Ya vuelve.

Están inquietas porque desde la mañana un hombre ronda la casa; un hombre viejo que parece pobre. Le vieron cuando acompañaban á su padre á la barca. Estaba sentado en la cuneta, frente á la puerta. Al volver de la playa aun estaba allí, mirando la casa.

Parecía enfermo y muy miserable. Durante una hora permaneció inmóvil; luego, viendo que inspiraba sospechas, se levantó y alejó arrastrando los pies.

Pero pronto volvió con su paso lento y cansado y de nuevo se sentó, un poco más lejos esta vez, como para espiarlas.

Madre é hijas tenían miedo. Aquélla sobre todo sentía gran espanto porque era miedosa y su marido, Levesque, sólo debía volver del mar al anochecer.

Su marido se llamaba Levesque; á ella la llamaban Martín y les habían bautizado sus vecinos por Martín-Levesque. He aquí por qué; ella se había casado en primeras nupcias con un marinero llamado Martín, que cada año iba á Terranova, á la pesca del bacalao.

Al cabo de dos años de matrimonio tuvo de él una niñita, y estaba otra vez preñada cuando el buque en que navegaba Martín, el *Dos-Hermanas*, una barca de tres palos de Dieppe, desapareció.

Nunca más se supo una palabra de él; ninguno de los tripulantes volvió y se creyó que todos habían naufragado con el buque.

La Martín esperó á su marido diez años mante-

niendo con grandes trabajos á sus dos hijas; pero como era trabajadora y buena mujer, un pescador del país, Levesque, viudo con un hijo, la pidió en matrimonio. Se casaron y tuvo dos niños en tres años.

Vivían penosa y laboriosamente. El pan era escaso y la carne casi desconocida en aquella casa. A veces, en invierno, era preciso quedar á deber al panadero. Los niños estaban sanos y robustos. La gente decía:

—Los Martín-Levesque son buena gente. La Martín es muy trabajadora y Levesque es el mejor pescador de la comarca.

La niña, sentada en el huerto, añadió:

—Se diría que nos conoce. Quizá es algún mendigo de Epreville ó de Azebosc.

Pero la madre no se engañaba, no. No era nadie de los contornos.

Como no se movía poco ni mucho y fijaba con obstinación su mirada en la casa de los Martín-Levesque, la Martín se enfureció, y sacando fuerzas de su mismo miedo, cogió una pala y salió al camino.

—¿Qué hace usted aquí?—gritó al vagabundo.

Este contestó con voz ronca:

—Tomo el fresco. Supongo que no le causo ningún daño con ello.

La Martín añadió:

—¿Por qué parece estar usted espiando nuestra casa?

El pobre replicó:

—No hago daño á nadie. ¿No está permitido sentarse en la carretera?

No supo qué contestar la Martín y se metió en casa.

El día transcurrió lentamente. A mediodía desapareció aquel hombre. Pero volvió á pasar á las cinco de la tarde. No se le vió más aquel día.

Levesque volvió entrada la noche y le explicaron el caso.

—¡Bah!—replicó;—será algún holgazán ó algún bromista.

Y se acostó sin inquietud, mientras que su compañera pensaba en aquel roder que la mirara de un modo tan extraño.

Cuando amaneció hacía mucho viento y el marinero, viendo que no podría salir á la mar, ayudó á su mujer á arreglar las redes.

A las nueve, la hija mayor, una de las Martín, que había ido á comprar pan, volvió corriendo, azorada, y gritó:

—¡Madre, ya está aquí!

La Martín palideció y dijo á su marido:

—Ve á hablarle, hombre. Así dejará de espiar-nos. Estoy que no sé lo que me hago.

Y Levesque, un marinero alto, atezado, de barba espesa y roja, de ojos azules muy vivos, de cuello de toro, siempre vestido de lana por temor al viento y á la lluvia, salió tranquilamente y se acercó al vagabundo.

Hablaron.

La madre y sus hijos les miraban desde lejos, ansiosos y temblorosos.

De pronto el desconocido se levantó y se vino hacia la casa con Levesque.

La Martín retrocedía asustada. Su marido le dijo:

—Dale un trozo de pan y un vaso de sidra; no ha comido desde anteayer.

Entraron los dos en la casa, seguidos de la mujer y los chicos. El vagabundo se sentó y se puso á comer con la cabeza baja, teniendo todas las miradas fijas en él.

La madre, en pie, le miraba; las dos chicas, las Martín, le miraban también con avidez, y los dos arrapiezos, que estaban sentados sobre la ceniza del

hogar y jugaban con un caldero, suspendieron sus juegos para contemplar al extraño huésped.

Levesque, sentándose en una silla, le preguntó:

—¿Viene usted de lejos?

—Vengo de Cette.

—¿A pie?...

—Sí, á pie; cuando no hay dinero ¡qué remedio!...

—Y ¿dónde iba usted, pues?

—Venía aquí.

—¿Conoce usted á alguien?

—Pudiera ser.

Callaron. Comía lentamente aunque tuviese hambre y bebía un trago de sidra á cada bocado de pan. Tenía la cara avejentada, arrugada; parecía haber padecido mucho.

Levesque le preguntó de pronto:

—¿Cómo se llama usted?

El otro contestó sin levantar la mirada:

—Me llamo Martín.

Un temblor extraño se apoderó de la madre. Dió un paso, como para ver de más cerca el vagabundo y quedó enfrente de él con la boca abierta y los brazos caídos. Nadie decía nada. Por fin Levesque preguntó:

—¿Es usted de aquí?

—Soy de aquí—replicó.

Y como al cabo levantó la cabeza, los ojos de la mujer y los suyos se encontraron y quedaron fijos unos en otros, como si las miradas se atrajesen.

Ella dijo de repente con voz cambiada, baja, temblorosa:

—¿Eres tú, marido?

El articuló despacio:

—Sí, soy yo.

No se movió y continuó mascando el pan.

Levesque, más sorprendido que conmovido, balbuceó:

—¿Tú eres Martín?

El otro dijo simplemente:

—Sí, soy yo.

El segundo marido preguntó:

—¿De dónde vienes, pues?

El primero replicó:

—De la costa de Africa. Naufragamos junto á un banco. Nos salvamos tres; Picard, Vatinel y yo. Después nos cogieron los salvajes, que nos tuvieron doce años. Picard y Vatinel murieron. A mí me salvó un viajero inglés y me llevó á Cette. Y aquí estoy.

La Martín lloraba, tapada la cara con el delantal.

Levesque exclamó:

—¿Y qué haremos ahora?

Martín preguntó:

—¿Eres su marido?

Levesque contestó:

—Sí, soy yo.

Se miraron y callaron.

Entonces Martín, viendo á los niños en torno suyo, señaló con la cabeza á las dos muchachas.

—¿Son las mías?

Levesque contestó:

—Son las tuyas.

No se levantó; no las abrazó; dijo tan sólo:

—¡Dios mío, cuán crecidas están!

Levesque repitió:

—¿Qué haremos?

Martín, perplejo, tampoco lo sabía. Por fin se decidió:

—Haré lo que quieras. No quiero causarte perjuicios. La contrariedad está en la casa. Yo tengo dos hijos, tú tres; cada cual se queda los suyos. La madre ¿es tuya ó es mía? Consiento en lo que quieras; pero la casa es mía, porque me la dejó mi padre y nací en ella, y hay papeles en casa el notario.

La Martín continuaba llorando oculta por el delantal azul. Las dos muchachas se habían acercado y contemplaban á su padre con inquietud.

Había acabado de comer y dijo á su vez:

—¿Qué es lo que vamos á hacer?

Levesque tuvo una idea.

—Hay que ir á casa del cura; él decidirá.

Martín se levantó y como iba hacia su mujer, ésta se echó en sus brazos sollozando:

—¡Esposo mío! ¡Martín, mi pobre Martín, hete aquí!

Y le estrechaba con fuerza, conmovida por un soplo de lo pasado, por una oleada de recuerdos que le recordaban su juventud y sus primeros abrazos.

Martín, conmovido también, la besaba en la cofia. Los dos niños, al ver que su madre lloraba, se pusieron á chillar y el rorro se desgañitaba á más y mejor.

Levesque, en pie, esperaba.

Vámonos,—dijo;—hay que arreglar esto...

Martín soltó á su mujer, y como miraba á sus hijas, la madre les dijo:

—Dad un beso á vuestro padre.

Se acercaron á un tiempo las dos, secos los ojos, asombradas, un tanto asustadas. Y él las besó una

tras otra, dándoles sonoros besos de marinero. Viendo que se acercaba aquel desconocido, el niño de teta lanzó un chillido tan agudo, que por poco se ahoga.

Después los dos hombres salieron juntos.

Al pasar por el café del Comercio, Levesque preguntó:

—¿Echamos una copa?

—No vendrá mal—declaró Martín.

Entraron y se sentaron en la sala aun vacía.

—Hola, Chicot, dos copas de cognac, del bueno. Es Martín que ha vuelto, Martín, el de mi mujer, ya sabes el del *Dos-Hermanas*, que se había perdido.

Y el cafetero, con tres copas en una mano y una botella en la otra, se acercó, barrigudo, sanguíneo, pletórico y preguntó con calma:

—¡Toma! ¿Hete aquí, pues, Martín?

Martín respondió:

—Heme aquí.